

Gloria a las manos que los bosques clarearan.
 Gloria a las manos que los ríos y los caños y los mares bogaran.
 Gloria a las manos que los caminos trabajaran.
 Gloria a las manos que las casas levantaran.
 Gloria a las manos que las ruedas giraran.
 Gloria a las manos que las carretas y los coches llevaran.
 Gloria a las manos que a mulas y caballos ensillaran

[y desensillaran.

Gloria a las manos que los hatos de cabras pastaran.
 Gloria a las manos que cuidaron de las pjaras.
 Gloria a las manos que las gallinas, los pavos y los patos criaran.
 Gloria a todas las manos de todos los hombres y mujeres

[que trabajaran

porque ellas la patria amasaran.

Y gloria a las manos, a todas las manos que hoy trabajan
 porque ellas construyen y saldrá de ellas la nueva patria

[liberada!

¡La patria de todas las manos que trabajan!

Para ellas y para su patria, ¡alabanza! ¡alabanza!

VI. PERFIL DEL SER

En la tenebrosa noche, cuando parece que va a salir la nada
 del viento negro, como un caballo de sombra cuajada,
 como una prieta vaca
 con cabeza de mundo y cola de montaña:
 en la tenebrosa noche de vela apagada
 y de linternas suicidadas,
 cuando por la vastedad de la tiniebla percibo la ancha
 cintura del mundo que habita mi patria,
 y como nunca siento la rápida
 rotación del planeta, la ráfaga
 que a los hombres del trópico derrama:
 en la terrible noche que ha abolido el Paso del Guajataca,
 que ciega la trinchera del Asomante, asomada,
 empinada sobre el Mar Caribe, sobre Salinas de tierra aplastada;
 en la terrible noche de manos embadurnadas
 por Jájome obscurecida y ensombrecida Guayama,
 y Lares callada
 y ennegrecida Villalba,
 y Adjuntas apagada;
 en la tenebrosa noche que me prohíbe la mirada,
 ando buscando yo, poeta, una palabra.
 Una palabra como un cincel que esculpa y labra.
 Una palabra como una llama,
 como una luz, como una ventana iluminada,
 como una esposa adorada.
 Porque quiero escribir el perfil de nuestro ser, el centro de

[nuestra alma,

y el latido más profundo que late en lo más hondo de nuestra

[entraña.

Por mi frente ha volado una paloma roja. Va a la distancia
 y posa en un horizonte que va tornándose grana.
 Este horizonte va creciendo. Se expande y agranda
 y todo él se vuelve una naranja dorada.
 Es el día. La noche ha sido derrotada.
 Se ha retirado llorando por Yabucoa, desconsolada.
 Ha doblado el cuello en Humacao, ya en su última lágrima.
 Ha perecido en Vieques, degollada.
 Es el día. Ha resurgido la forma de la patria.
 Está nueva, recién lavada.
 Dulce que es hundir en la yerba rociada
 la dolorosa frente insomniada.
 Dulce que es poner las palmas
 de las manos en la húmeda grama.
 Dulce que es tomar en la mano la arcilla refrescada
 y llevarla a la boca, saber a lo que sabe la patria,
 y saborearla y tragarla
 mientras una energía nueva su vitamina agiganta
 en nuestra sangre que canta
 y en nuestra piel que se abrillanta!
 Probad y alumbraréis. Os doy palabra.

Os doy palabra que en la luz de esta mañana
 he visto a un hombre, a una mujer y a un niño. Descansaba
 un instante la brisa del Sur en el bordado de las guabas.
 Una pareja de reinamoras piaba
 saltando, picoteaba las guayabas,
 extendía sus cortos velos de veloces alas
 hasta donde la berengena cimarrona, junto a la alambrada,
 hacía brillar sus redondas y amarillas lámparas.

Huía al malangal un martinete de pasta
 gris y un pájaro-bobo de cola pintada
 en un seco yagrumo reposaba.
 Había una novilla colorada
 paciendo su yerba de guinea: apaciguaba
 la luz con su búdica calma.

El hombre, la mujer y el niño.

Antes que el lado negro de la peronía del mundo girara
 y su lado de luz por entre el guabal se mostrara,
 el hombre, la mujer y el niño saldrían de su casa.
 Encendía la mujer el fogón. Entre las tres piedras tiznadas
 enrojecía la leña sus ojos. Desayunaban
 medio coco de negro café. Eso era todo. Eso, y el lucero del alba.
 Seguían rumbo al cafetal las plantas destalzas.
 Pendían de sus cuellos las canastas.
 Dentro de sus ropas harapientas y livianas
 sus cuerpos gemían el frío de la madrugada.
 El hombre, la mujer y el niño pasaban
 el día en el cafetal. El poético cafetal les daba
 el ardiente escozor de los albayaldes que su piel desgarraba,
 los enjambres de avispa que sus caras hinchaba,
 los sacos de pús de la mazamorra en sus plantas
 y un purgatorio de uncinaria.

Salían luego del cafetal. Vuelta a la casa.

La mujer cocinaba.

¡He aquí con qué voracidad tragaban
 su dita de guineos a secas, lejos de la casa
 principal de la hacienda, lejos de las viandas
 exquisitas del dueño: la gallina horneada,
 la multicolor ensalada,
 los rubios lereños y las sabrosas almojóbanas!

El cansancio los tumbaba.

Iban a la cama

de madera, a la pesadilla de la malaria

Iban lejos, muy lejos de la patria

del amo, que no es su patria.

Lejos de la cómoda butaca

en donde se acomoda la charla

idiota, la traidora palabra,

en donde se lee el magazine de moda y la revista de elegancia,

mientras piensa el amo que es buena la canalla

imperialista yanka,

aunque bien sabe lo estima menos que a la banana,

menos que al tabaco y muchísimo menos que a la caña.

El hombre, la mujer y el niño...

¿Fue una tarde? ¿Fue una mañana?

Recogían un café que orillaba

el cercado. Oyeron cómo las gallinas cacareaban.

Alzaron los ojos al cielo. Vieron, alta,

bien alta, la cruz plumada,

la egregia figura balanceada

del guaraguao. El garaguao planeaba.

¡El guaraguao! Viene del fondo espeso de la montaña.

Viene de los últimos tabonucos, de las últimas caobas,

de los últimos ausubos y ortegones, de las últimas marañas,

y de las últimas rocas. Viene de las últimas aguas

y las últimas lontananzas,

de las más escondidas mayas,

de los tremedales en donde a pleno día aún burbujan las

[luciérnagas.

Viene de donde se esconden heridos los múcaros, de donde las

[yaboas de plata

obscura y de solemnes y húmedas patas,

empollan; de donde los últimos carraos perduraran.

Viene de las cuevas de las ratas

más montañosas. Viene del fondo espeso de la montaña.

¡El guaraguao! Los jíbaros lo miran y se dilatan

sus pupilas en el azul de la alta distancia.

El guaraguao vuela en ondas largas.

Es la suya una pulcra y agresiva geometría de las alas,

una fuerza perenne y equilibrada

más allá de la piedra, más allá de la perdigonada

y del rifle. Sabe caer como avión de picada

sobre su presa, y se remonta con ella en las garras

entre un aplauso de plumas escapadas.

El hombre, la mujer y el niño le han seguido con la mirada.